

DON QUIJOTE
BÁLSAMO-YELMO
Y
EMPERADOR DE LA
CHINA

“¡Shh! Estos son los ajedrecistas con los
que juegas, inmóviles figuras de marfil.”
Silvia Plath¹

¹ Árboles en invierno, p. 83.

Hace ya algunos años descubrí, casi por casualidad, uno de los secretos mejor encubiertos de la Historia, un misterio que ha permanecido oculto durante los últimos cuatro siglos y cuya revelación supone un extraordinario hallazgo para cuantas disciplinas estudian el pasado más reciente de la cultura europea.

Se trata de la rocambolesca e intrigante trayectoria del *Relato del peregrino* o *Autobiografía* de Ignacio de Loyola, libro escrito pocos meses antes de la muerte del fundador de la Compañía de Jesús y secuestrado, y suplantado, por la misma Orden, diez años después de su fallecimiento. La aclaración de este enigma no sólo revela una trama del máximo interés histórico sino que, además, reabre la más vieja teoría existente sobre los orígenes del Quijote, conduciendo, por fin, al discernimiento de sus fuentes esenciales.

Gracias a este hallazgo, pueden leerse, definitivamente, los significados ocultos de la novela de Cervantes, ya que las dos biografías sobre Loyola, la secuestrada y la sucedánea, son algo así como su piedra Rosetta, el código oculto donde se encuentran las claves para el estudio y conocimiento del fascinante trasfondo de la novela, convertida, gracias a su revelador contenido, en un alegato contra el totalitarismo y el pensamiento único, una especie de ley de la memoria histórica que, además de honrar al pueblo oprimido y a quienes padecieron persecución por su comportamiento o ideas, impulsará el estudio de esos acontecimientos manipulados y censurados por una elite que ha sabido ocultarlos durante varios siglos.

Pero, además, esta nueva lectura nos deleita con inconcebibles placeres literarios. El lento discurrir, capítulo a capítulo, de un contenido profundo que conecta permanentemente a la novela con sus fuentes y con la realidad histórica del momento; la constante reiteración de expresiones o secuencias de palabras, procedentes de las fuentes, que sirven como referentes, o guías, para progresar en el turbio y complejo entramado metanovelesco; o los falsos errores, despistes y

enigmas, transformados en ingeniosos guiños informativos y burlescos... todo constituye una nueva e inagotable fiesta para el entendimiento.

Sólo la resolución del comentadísimo final del capítulo octavo, con el interrumpido encontronazo entre don Quijote y el vizcaíno, más la inmediata mención de los distintos autores de la obra, que tantos absurdos ríos de tinta ha suscitado, es un hito capaz de provocar placeres intelectuales inexplorados. La precisa mecánica camuflada entre la frondosa trama externa de la obra, aflora, en ese punto, con una inesperada información que pone al descubierto un matemático proceder, pura alquimia lingüística, en virtud de la cual, el conjunto de los ocho capítulos primeros, se transforma en una estampa mimética y maravillosa en la que la ficción literaria sirve de soporte para reflejar, quebrada o difuminadamente, la crónica de una dura realidad histórica.²

Esa impresionante mecánica, difusa y solapada, se repite, con la misma precisión y control de todos los elementos literarios, en el fascinante proceso que conduce a la muerte de don Quijote, prueba rotunda e inapelable de que la novela, desde el principio hasta el fin, fue creada con el objetivo de insuflar a don Quijote cuantos detalles personales contienen los dos libros biográficos sobre Loyola.

También el bálsamo de Fierabrás y el yelmo de Mambrino son un prodigio de ingeniería lingüística, de humor y de osadía. Ambos generan tal infinidad de matices e interconexiones culturales que, sólo con el tiempo, se perfilará su verdadero alcance. Lo que sí queda claro es que el atrevimiento de Cervantes, en aquel entonces, rozaba la temeridad, aunque el tiempo nos ha demostrado que era muy consciente de su inteligencia y de la de los demás.

En general, desde esta nueva perspectiva, cada línea de la novela toma otra dimensión, otra insospechada lectura, más

² “Don Quijote es simultáneamente una obra cuyo auténtico tema es la literatura, pero también la crónica de una realidad dura y difícil”

humana, más digna y acorde con el tiempo que le tocó vivir a Cervantes. Las pruebas resultan apabullantes, todo cuadra, todo coincide, todo conduce inexorablemente a las mismas fuentes documentales. El mismo Cervantes aparece, por fin, con una personalidad firme, definida y acorde con el espíritu libre y batallador que se desprende de toda su obra.

Este nuevo libro es sólo continuación de los trabajos anteriores, con una salvedad. Al ser el bálsamo y el yelmo dos temas distribuidos a lo largo de varios capítulos, he preferido desencajarlos de sus contextos y estudiarlos como generalidad, de forma que esto es sólo un avance, un fragmento de un futuro comentario a la Tercera parte de 1605.

Aunque el libro comienza con un breve resumen de lo publicado hasta ahora, para comprender a fondo el desarrollo paródico de estos nuevos temas, resulta imprescindible conocer previamente los fundamentos históricos y literarios ya expuestos en libros anteriores, disponibles en su integridad en la página www.donquijoteliberao.com En ella puede comprobarse cómo han ido desvelándose uno a uno todos los misterios o mal considerados errores de la novela, cómo cada capítulo se corresponde, en forma y contenido, con los originales que imita, y cómo la personalidad de don Quijote y Sancho crecen y se desarrollan de forma paralela a la figura de Loyola y su Orden. Todo ampliamente reforzado por miles de referentes formales acumulados a lo largo del proceso de imitación paródico de las dos biografías del jesuita, erigidas en fuente e inspiración permanente de la gran novela.

RESUMEN DE LO PUBLICADO

1. NACIMIENTO Y SECUESTRO DEL RELATO.

En el año 1553, “cediendo a repetidas instancias de varios miembros de la Compañía, especialmente del P. Jerónimo Nadal, san Ignacio se decide a efectuar el relato de su vida. Para ello elige como confidente al P. Luis Gonçalves da Câmara, portugués, entonces confesor en la corte de Lisboa del rey Juan III. A Câmara, buen humanista y por quien el santo sentía especial predilección, le irá relatando de viva voz, a lo largo de las diferentes sesiones, la historia de su vida comprendida entre su conversión y su llegada a Roma.

La narración se vio interrumpida varias veces: comenzó en septiembre de 1553 para ser abandonada al cabo de pocos meses a causa de las repetidas enfermedades de san Ignacio. Se reanuda brevemente en marzo de 1555, y finalmente, ante la inminencia del retorno de Câmara a Portugal, en septiembre del mismo año. El portugués tomaba notas que dictaba a continuación a un escribano. Aparecen así 11 capítulos, los 8 primeros, redactados en Roma por un amanuense español, estaban en castellano; los otros tres, encontrándose Câmara en Génova, “y no disponiendo de amanuense español”, en italiano.

El relato pasa, pues, por una doble fase de redacción: unas primeras notas sumarias, y posteriormente, sobre ellas, la redacción definitiva. Parece ser que Câmara estaba particularmente dotado para ello: "El mismo día, a lo que creo, habiendo llamado al P. Luis Gonçalves, comienza a narrarle lo que aquel padre, según es de excelente memoria, pasaba luego al papel"³

Como en ninguno de los manuscritos se otorga al libro un título específico, su denominación ha variado a lo largo de la historia, y puede encontrarse bajo cualquiera de los siguientes nombres: *Hechos* o *Actas* del P. Ignacio, *Autobiografía*, *El peregrino*, *Memorias* o *Confesiones*, entre otras. Carmen Artal, en su excelente edición de Labor de 1973, lo tituló *Relato del peregrino*, elección muy adecuada y precisa pues, además de informar del procedimiento narrativo, respeta la voluntad de su

³ Gonçalves, Luis, *El relato del peregrino*, Edición C. Artal, pp. 5-9.

autor, ya que “el peregrino” es el único nombre que Loyola, salvo alguna excepción indirecta, recibe en el libro.

El Relato no es, pues, una autobiografía en su sentido estricto, ya que no fue escrita directamente por Loyola aunque, según señala Gonçalves en el prólogo, sus palabras están tan respetadas que es como si él mismo lo hubiese realizado.

El libro, de apenas setenta páginas de ahora, está dividido en once capítulos y dos prólogos, uno del P. Nadal y otro de Gonçalves.

En esos once capítulos Gonçalves narra la trayectoria espiritual de Loyola y las vicisitudes de su vida desde su “conversión” en el año 1521, hasta la confirmación de la Compañía de Jesús en 1540.

El contenido de los once capítulos puede resumirse así.

Con 26 años (nada se dice de su infancia y juventud), y tras ser gravemente herido (durante el asedio de los franceses a la fortaleza de Pamplona en mayo de 1521) en la pierna derecha de la que quedará cojo, Loyola da un giro radical a su brillante carrera militar y decide hacerse peregrino e imitar en sus hazañas a los más famosos anacoretas y santos de la antigüedad. En dicha metamorfosis jugaron un papel fundamental los libros, pues siendo muy aficionado a los de caballerías y no disponiendo de ellos durante su convalecencia, le dieron a leer algunos de santos, a los que se aficionó y le influyeron hasta tal punto que, en apenas tiempo, se produce lo que los jesuitas llaman ‘la conversión’

Tras una “visión de la Virgen Santísima” hace voto de castidad (agosto-septiembre 1521), renuncia a sus derechos de hidalgo y decide hacerse peregrino. Casi restablecido de las heridas e intervenciones en las piernas, viaja a Aranzazu, Navarrete y al monasterio de Montserrat donde, influenciado todavía por la lectura de los libros de caballerías, vela armas ante la imagen de la Virgen (marzo 1522), cambia sus vestidos de caballero por los de peregrino y emprende un viaje cuyo último objetivo es llegar a Jerusalén.

Viaje o peregrinación que poco a poco va convirtiéndose en un viaje iniciático, en el camino ascético de un hombre riguroso que a medida que progresa en sus sacrificios, visiones y acercamientos místicos, asume la nueva misión de ayudar a los necesitados y restaurar el olvidado espíritu del cristianismo apostólico.

A la vuelta de Jerusalén comienza a estudiar en Barcelona y Alcalá de Henares, donde es acusado de iluminista, y encarcelado, hechos que se repiten, primero en Salamanca y, después, en París, donde inicia la formación de la futura Compañía de Jesús. En 1535 visita, por última vez, España; después vuelve a Italia, siendo de nuevo perseguido en Venecia y en Roma donde, en 1540, el papa Paulo III confirmó la Compañía.

Los once capítulos que constituyen el Relato son bastante desiguales en extensión y contenido, apreciándose el interés de Loyola por centrarse, especialmente, en aquellos acontecimientos que, como los procesos inquisitoriales de Alcalá y Salamanca, no habían sido narrados con precisión por sus propios compañeros.

El núcleo argumental de estos once capítulos son las vicisitudes, sociales y espirituales, que a lo largo del camino acontecen al protagonista desde que abandona su casa hasta que se instala definitivamente en Roma.

Con un estilo preciso y sencillo, Gonçalves recoge en tercera persona los recuerdos de Loyola desde que decide hacerse peregrino y viajar a pie a Jerusalén y a otros países de Europa. Escribe sólo lo que escucha, tratando, según dice, de respetar incluso las expresiones y particularidades del lenguaje de un hombre que lleva alrededor de 30 años alejado de su tierra.

El resultado es sumamente interesante, pues Loyola, hombre de pocas palabras, resume al máximo sus experiencias, destacando sólo aquellos datos que considera útiles para comprender los acontecimientos y su trayectoria espiritual, evitando siempre lo superfluo y buscando sugerir más que

ratificar, por lo que el libro permite ambiguas lecturas que reflejan, además del camino ascético de su protagonista, un extraordinario retrato social de la época, ya que en su intensa vida de peregrino e impulsor de una religión que pretende resucitar el viejo espíritu del cristianismo apostólico, Loyola se granjeó muchos apoyos y muchas enemistades que, aunque en el Relato no se juzgan, tampoco se solapan.

Al sentido de biografía espiritual también colabora la selección del tiempo recordado, del que quedan excluidos tanto los treinta años anteriores a la conversión como los dieciséis posteriores a la confirmación de la Compañía, probablemente porque de los primeros él no quería saber nada, ya que su actitud era considerar como muerto todo lo anterior a su vida religiosa. Respecto al silencio en torno a la etapa posterior a la confirmación de la Compañía, probablemente pensó que ya estaba suficientemente referida por sus compañeros.

En general, el Relato contiene precisas pinceladas de una intensa vida, y una gran sutileza en la elección de la información. La prosa es igualmente efectiva y casi matemática, sin apenas elementos retóricos, y muy acertada en la elección de un vocabulario rico y abierto a la ambigüedad e incluso a la ironía, todo suavemente empujado hacia delante por una firme voluntad de contar la verdad sin ofender a nadie, pero sin ocultarla.

Esta valiente determinación de contar la verdad sin exclusiones, contrasta, en ciertos aspectos, con el comportamiento de Loyola en los mismos últimos años de su vida, caracterizados por la máxima prudencia y diplomacia en las relaciones con el poder y las demás órdenes religiosas.

Antes de su nacimiento, el Relato ya había creado una tremenda expectación entre los compañeros de Loyola, la mayoría jóvenes deseosos de conocer de primera mano la accidentada vida del venerado fundador de la Orden. Por eso, aunque el libro no llegó a imprimirse, se propagó fácilmente pues, siendo los jesuitas una congregación culta, ellos mismos

se encargaron de hacer copias y enviarlas a los distintos países en que estaba asentada la Compañía.

La muerte de Loyola algunos meses después de concluida la narración, convirtió el libro en su testamento espiritual, haciéndose lectura deseada no sólo de los jesuitas y sus benefactores, sino de muchas personas que habían estado al tanto de la valiente y conflictiva trayectoria de un hombre cuya vida y milagros esperaban encontrar en el Relato.

Pero sorprendentemente, en 1566, el Prepósito General Francisco de Borja, encargó al P. Pedro de Ribadeneyra una nueva biografía de Ignacio de Loyola, ordenando que se recogiesen “todos los ejemplares existentes del relato ignaciano, y aun prohibió que se leyese y propagase”⁴

“que V. R. procure de ejecutar lo que ya N. P. ha mandado, y, a lo que creo, escrito a los provinciales, etc., y es que recojan buenamente lo que escribió el p. Luis Gonçález, o cualquiera otro escrito de la vida de N. P., y lo tengan ellos y no permitan que se lea, ni ande por las manos de los nuestros ni de otros; pues, siendo cosa imperfecta, no conviene que estorbe o disminuya la fe de lo que más cumplidamente se escribe. Y en esto se ha de usar la diligencia y prudentia que V. R. entiende que es menester, para que no se haga ruido”⁵

Las fuentes documentales sobre este asunto las suministra la Compañía con cuentagotas, apenas se conocen pequeños fragmentos o alusiones encubiertas. Por eso este detalle de una carta del P. Pedro de Ribadeneyra al P. Nadal, fechada en junio de 1567, resulta interesantísimo, pues confirma el silencioso secuestro decretado por la orden de los escritos de Gonçalves, el envío de dichas órdenes a todos los colegios de la Compañía y, además que, un año después del decreto interno, la orden había sido incumplida, lo que explica

⁴ *Obras de san Ignacio de Loyola*, p. 86.

⁵ MONUMENTA HISTORICA SOCIETATIS IESU, volumen IV, p. 9.

el tono frío e imperativo (“procure de ejecutar”) con que Ribadeneyra escribe a Nadal, precisamente uno de los fundadores de la Compañía y el principal promotor y admirador del Relato.

La Compañía no dio explicaciones sobre el secuestro y, lógicamente, los propios jesuitas no comprendieron un mandato que sólo podía aceptarse como una ofensa al espíritu del fundador. Diversos documentos atestiguan que no fue fácil acabar con las rencillas surgidas entre ellos mismos por esa prohibición, y puede decirse que el asunto dio lugar a la primera crisis interna, a un pequeño cisma en la nueva Orden. Parece ser que en España fue donde mayor virulencia adquirió esas tensiones, entre otras cosas porque los españoles eran los máximos defensores del espíritu infundido por Loyola a la Compañía. Pero en definitiva, Roma insistió en su decisión y terminó imponiendo su criterio.

Desde entonces, y hasta el año 1731, en el que los bolandistas publican una edición latina, no se vuelve a saber nada del Relato. La primera edición del original, en su doble versión español-italiano, no aparecerá hasta 1904. Tras esta primera edición, muy restringida, se publica otra, también limitada, en 1942. Y hasta 1973, en que aparece publicada en la inolvidable colección Maldoror, de la editorial Labor, no puede decirse que el *Relato del peregrino* fuera de dominio público.

La orden de secuestrar el Relato afectó también al *Memorial*, un cuaderno de notas donde Gonçalves recoge detalles personales y cotidianos sobre el comportamiento de Loyola como superior de la congregación. Hay, además, noticias de otros escritos de Gonçalves que, al parecer, han desaparecido para siempre. La misma figura de Gonçalves ha sido tratada por la orden con todo tipo de reservas. Algo igualmente sorprendente, pues no debe olvidarse que Loyola lo escogió entre todos los miembros de la Compañía⁶, o sea, un

⁶ “Sobre él había dicho Ignacio de Loyola: <<...denle tanto crédito como a mí mismo>>” Don Sebastián, rey de Portugal, Antonio Villacorta, p. 53.

enorme honor doblemente meritorio, pues era portugués y, por lo tanto, con posibles problemas de comunicación y, además, Loyola apenas lo conocía, ya que llegó a Roma en mayo de 1553, y el 4 de agosto de ese mismo año ya había determinado tomarlo como confidente. En contraste, cualquiera de los jesuitas destacados de esa época ha sido abundantemente elogiado por los historiadores de la Compañía con innumerables páginas biográficas y laudatorias. La excepción es Gonçalves, discriminado no sólo en el trato historiográfico sino hasta en sus escritos. De hecho su figura todavía no ha sido rehabilitada, lo que obliga a pensar en otro tipo de problemas, pues la Compañía soportó también fuertes tensiones internas en Portugal y, además, fue bastante rechazada por las restantes órdenes religiosas que vieron cómo en pocos años había ganado el favor de la monarquía y ocupado un lugar privilegiado y unas funciones excesivas.

¿Qué razones movieron a la cúpula de la orden a secuestrar un libro autobiográfico? ¿Cómo entender que se abrieran los trámites para la beatificación de Loyola y a la vez se prohibieran sus escritos? Las respuestas no se obtendrán hasta la publicación de la siguiente biografía de Loyola.

No obstante, y a pesar del secuestro del libro, los más de diez años transcurridos entre los primeros manuscritos y la prohibición, parecen ser tiempo suficiente para que se copiara de forma incontrolada, especialmente en España, y más concretamente en Guipúzcoa, Alcalá, Barcelona y Manresa, lugares donde Loyola había dejado en sus comienzos un aura de pureza y renovación, buenos amigos y algunos admiradores de su personalidad y doctrina.

Señalar por último que el Relato es una obra excepcional, una joya literaria que debería ocupar un lugar privilegiado entre los libros más singulares de la Literatura y la Historia del Siglo de Oro. También a Gonçalves da Câmara le pertenece un lugar predilecto, en reconocimiento al extraordinario valor de una escritura concisa, compleja y llena de vida, donde los avatares de Loyola sirven de eje para la

reconstrucción de una importante época de Europa: guerras, procesos inquisitoriales, tempestades, naufragios, peste, visiones... todo un mundo, en sus mínimos detalles, recogido en las apenas setenta páginas de un libro digno "de entallarse en bronce"

2. EL GRAN CAMBIAZO.

Al mismo tiempo que la cúpula de la Compañía acuerda el secuestro del Relato y los demás escritos de Gonçalves, se encarga al P. Pedro de Ribadeneyra (también Ribadeneira o Rivadeneyra) la realización de una nueva biografía sobre Loyola. Se dice que él andaba preparándose desde hacía mucho tiempo para ese momento y que, gracias a ello, pudo terminar con bastante rapidez. El libro apareció en Nápoles en 1572 con el título de “*Vita Ignatii Loyolae*” y se distribuyó exclusivamente entre los miembros de la Compañía. Desde el principio, al menos aparentemente, gozó de un éxito inmediato entre sus lectores, aunque se conocen bastantes documentos que indican la existencia de un gran rechazo por algunos miembros de la orden. No obstante, la obra se aceptó con general entusiasmo y, en 1583, se publica en Madrid la versión castellana con el título de “*Vida del P. Ignacio de Loyola, fundador de la Religión de la Compañía de Iesus*”.

Lo primero que llama la atención del libro es su tamaño. Frente a la brevedad del Relato, la Vida consta de más de 500 páginas, divididas en 5 libros y tres dedicatorias. En segundo lugar, resalta su prosa recargada e innecesaria, también en el polo opuesto a la sencillez del Relato. Y además su contenido, intencionadamente confuso y, en muchas ocasiones, falso.

Literaria e históricamente, la Vida es la antítesis del Relato. Frente a la sobriedad de éste, choca el tono acaramelado y humildemente pretencioso del otro, adornado con infinidad de detalles de literato engolado y pomposo. No obstante, lo más criticable del libro de Ribadeneyra es su repetida insistencia en contar la verdad cuando, con el Relato en la mano, se demuestra que calla cosas muy importantes, o las dice a medias y, además, que muchas de sus interpretaciones son inciertas. A ello hay que añadir el abuso de la fraseología religiosa de la época y un insoportable exceso de sinonimias, repeticiones retóricas y demás juegos de palabras que desmienten su repetido propósito de brevedad.

En general, la Vida es un ejemplo paradigmático de amplificación, pues está hinchada a base de inútiles divagaciones y cláusulas explicativas. Además, lo que en principio pretende ser una biografía encomiástica y pacificadora, se convierte en un montaje propagandístico y panfletario, con excesivas adulaciones a la Inquisición y desmedidos insultos a protestantes, musulmanes y judíos, con lo que Ribadeneyra no sólo cumplió el encargo de conciliar a los jesuitas con los dominicos ocultando los aspectos más críticos y comprometidos del Relato, sino que colocó a la Compañía de Jesús en la vanguardia opresiva de la contrarreforma, despojando la vida y la trayectoria de Loyola de su fuerza revolucionaria. En ese aspecto, la Vida es el primero, en la larga serie de libros escritos sobre Loyola, al que se le puede aplicar justamente las palabras del jesuita P. Koch: <<la imagen de San Ignacio se ha falseado a través de la historia lo mismo por la antihistórica exaltación gloriosa de los amigos que por la falsa crítica de los adversarios y enemigos>>⁷

En definitiva, lo más silenciado del Relato, su gran tabú, aún en nuestros días, son los primeros arrebatos místicos de Loyola y sus desafortunados encuentros con la Inquisición y los dominicos. En los capítulos VI, VII y VIII, el Relato es preciso y, en la sutilísima narración de los acontecimientos, no sólo aparecen claramente los días y veces que Loyola estuvo encarcelado, sino que se dejan entrever los motivos injustos, las irregularidades jurídicas, el protagonismo de los dominicos e incluso los gestos iracundos y los nombres de los inquisidores.

La misión de Ribadeneyra consistió, pues, en modificar y edulcorar los acontecimientos de Alcalá, Salamanca y París, haciendo que los perseguidores y jueces de Loyola no aparecieran como injustos represores, sino como celosos y bondadosos guardianes de una Iglesia católica en estado de alerta. En suma, la Compañía, para ganar estabilidad, estaba

⁷ *Obras de san Ignacio de Loyola*, p. 32.

siendo obligada a realizar un plan en el que se incluían una serie de acontecimientos dirigidos a quitarle históricamente la fuerza revolucionaria y crítica que la figura de Loyola le había proporcionado, sólo así conseguirían la paz deseada, y la beatificación (1609) y canonización (1622) de Loyola, en la que tanto dominicos como Inquisidores jugaban un papel decisivo.

También puede decirse que la Vida se sumó a la moda de los falsos cronicones, libros en los que supuestos historiadores, en su mayoría eclesiásticos, inventaban santos, milagros, leyendas y todo tipo de tradiciones favorables a la Iglesia. Entre todos ellos destacó la Historia de Toledo, del también jesuita Román Higuera, cuyas hiperbólicas y disparatadas invenciones nadie se atrevió a desmentir hasta mediados del siglo XVIII. Si aquellos cronicones, donde la mentira era tan patente, no podían ser atacados ¿cómo atreverse con la Vida de Ribadeneyra y sus más indemostrables falsedades? No hay otra explicación al incomprendible prestigio otorgado durante siglos a este libro, incluido en el Catálogo de Autoridades de la Lengua y considerado como una obra maestra de la literatura religiosa.

La Vida de Ribadeneyra se editó profusamente tras su aparición y buena aceptación de crítica y venta, de hecho, a la edición de 1583, le sucedieron otras en 1584, 1586, 1594, 1595 y 1605. Todas fueron dirigidas por Ribadeneyra, y en cada una fue haciendo retoques reveladores de su oculto cometido. Pero ese profuso ritmo de ediciones se truncó, significativamente, a partir de la edición de 1605. Es decir, el año en que se publica la Primera parte del Quijote, la Vida cae en un silencio semejante al aplicado al Relato, y no vuelve a editarse, según Fontes Narrativi, hasta el año 1863.

No menos significativa es la actual posición de la Compañía. Aunque se conocen bastantes y eruditas ediciones del Relato y la Vida, nadie se atreve a mencionar las vicisitudes y censuras a que se han visto sometidos. La postura oficial de la orden sigue siendo la misma desde principios del siglo XX:

exaltación comedida del Relato, silencio en torno a la figura de Gonçalves, glorificación de Ribadeneyra y sus obras, y absoluto silencio (según mi propia experiencia) ante cualquier intento de restablecer la verdad. Parece que la Compañía ya aplicaba, hace más de cuatro siglos, unos métodos que Orwell, ingenuamente, situaba en el año 1984

“si todos los demás aceptaban la mentira que impuso el Partido, si todos los testimonios decían lo mismo, entonces la mentira pasaba a la Historia y se convertía en verdad”⁸

⁸ G. Orwell, *1984*, p. 41.

3. CERVANTES Y LA COMPAÑÍA, OTRO ENIGMA.

Las primeras noticias que relacionan a Ignacio de Loyola con don Quijote se remontan a los últimos años de la vida de Cervantes. Según Catalina Buezo, ya en 1610, con motivo de las fiestas organizadas en Salamanca en honor de la beatificación del fundador de la Compañía de Jesús, los estudiantes pasearon una máscara a la picaresca denominada “*El triunfo de don Quijote*”⁹. También “en 1688, un escritor anónimo determinaba que el héroe del Quijote era una caricatura de Ignacio de Loyola, creencia aceptada por Voltaire en el siglo siguiente”¹⁰. Posteriormente Bowle, Villegas y Unamuno, entre otros, defendieron esa misma relación, aunque sin aportar pruebas irrefutables que hubieran permitido seguir en esa línea. Más recientemente Marco Corradini S.J. ha profundizado muy acertadamente en el mismo camino emprendido por Unamuno.

Todos, incluso varios jesuitas, han defendido el parentesco Loyola-Quijote partiendo siempre de las analogías entre los primeros capítulos de la Vida de Ribadeneyra y los primeros capítulos del Quijote. Pero todos desconocían, o no demuestran lo contrario, la existencia del Relato, dato definitivo a la hora de fijar el grado de dependencia real existente entre las dos figuras pues, sin el libro de Gonçalves, resulta casi imposible descubrir el eje paralelo trazado por Cervantes, ya que en los ocho primeros capítulos del Relato se encuentran las fuentes imprescindibles para desvelar las claves crípticas establecidas por Cervantes en los ocho primeros capítulos del Quijote, claves que son, a su vez, indispensables para revelar el sentido oculto del resto de la novela.

⁹ Anales cervantinos XXVIII.

¹⁰ Drake, Dana B.; Finello, Dominick L.: *An Analytical and Bibliographical Guide to Criticism on Don Quijote (190-1893)*. Newark (Delaware): Juan de la Cuesta, 1987 (248 págs), p.2. Información generosamente comunicada por Jaime Fernández, S.I., a quien pertenece la traducción del texto, desde aquí mi agradecimiento.

Pero ¿qué relación existe entre la Compañía de Jesús y Cervantes?

Casi todos los estudiosos mencionados anteriormente han insistido en la posibilidad de que Cervantes estudiara en algún colegio de los jesuitas, basándose, fundamentalmente, en la referencia a la Compañía que se hace en el Coloquio de los perros.

Menéndez Pelayo, Agustín G. De Amezúa, Navarro Ledesma o el jesuita Miguel Cascón, entre otros, sostienen que Cervantes “fue casi de fijo uno de los discípulos, a quien la lectura y enseñanza de los Padres aprovechó” Otra cosa es fijar el lugar y el tiempo que debió durar la relación, cosa, por el momento, irrealizable. Lo que sí se deduce de la analogía entre el Quijote y las fuentes ignacianas, es que Cervantes estuvo muy interesado y muy al tanto de la historia y vicisitudes de la Compañía, según se deduce del conocimiento que demuestra a lo largo de toda su obra y, sobre todo, del hecho de que tomara como leitmotiv del Quijote, la figura de Loyola.

También los jesuitas, en correspondencia, han mostrado, con anterioridad al siglo XX, hostilidad hacia la obra de Cervantes

"Los jesuitas en sus escuelas tronaban contra Cervantes tachándolo de hereje. El Padre Miguel Mir, quien abandonó la Compañía de Jesús, en 1891, pero conservó su condición de sacerdote, relata que en cierto colegio se celebró un auto de fe o quema de libros heréticos. Uno de los arrojados a las llamas fue el Quijote, y, al lanzarlo se pronunció el anatema: <<Por hereje, por impío, por...liberal!>>"¹¹

Lo cierto es que, probablemente, Cervantes estudiara en algún colegio de la Compañía pues, como argumentan los propios jesuitas, en casi todas las ciudades en que, hipotéticamente, residió durante esos años, existían colegios. En Alcalá de Henares tenían colegio con clases de gramática desde

¹¹ *Más sobre la cultura de Cervantes*, Osterch, p.153.

1547, año en el que, parece ser, que allí nació Cervantes. En 1552, se supone, que vivía con sus padres en Valladolid y, poco después, en Córdoba. En 1564 su padre, Rodrigo de Cervantes, se declara médico cirujano en la ciudad de Sevilla, y en 1566 se instala en Madrid. Ciudades todas donde estaba asentada la Compañía.

Eso permite suponer también que Cervantes convivió con gente muy relacionada con la Orden, profesores y compañeros con los que estudió e hizo amistad en unas fechas de máxima exaltación de la figura de Loyola, cuya muerte se produce cuando Cervantes tiene nueve años, de forma que vivirá de cerca esa década en la que en España se pasa del entusiasmo y emoción de leer el Relato, obra póstuma del rebelde fundador de una orden encaminada a la rehabilitación espiritual de la Iglesia, a su secuestro. Es decir, durante los años en que Cervantes probablemente estudia en la Compañía, se produce en ella el cambio de una filosofía humanista cercana al erasmismo por una integración en la ortodoxia. El símbolo más significativo, la prueba más irrefutable de lo que había sucedido, fue la sustitución del Relato por la Vida.

No es difícil imaginar cuál sería la posición de Cervantes, sus simpatías al respecto, pues su siguiente maestro en el Estudio de la villa de Madrid es Juan López de Hoyos, conocido erasmista y, por lo tanto, ideológicamente muy próximo al Loyola peregrino.

Sea o no cierto que Cervantes estudiara en su juventud con los jesuitas, lo que sí hay que resaltar es la diferencia entre el ambiente y los estudios de aquellos primeros colegios, situados ideológicamente próximos al erasmismo, y los que surgirán tras la metamorfosis de la orden. En ese sentido podría decirse que el erasmismo cervantino, brillantemente defendido por Bataillon, A. Castro y A. Vilanova, entre otros, tuvo sus raíces en los colegios de la primera Compañía y su continuidad en el maestro López de Hoyos, con quien Cervantes compone, entre 1567-1568, sus primeros poemas conocidos. Después se le pierde la pista y sobre 1569-70,

según algunos documentos y la información ofrecida por él mismo en la dedicatoria de *La Galatea*, se encuentra en Roma como camarero del cardenal Julio Acquaviva.

Este es prácticamente el primer dato biográfico que Cervantes nos ofrece en sus obras, y lo hace rememorando aquella etapa de Roma de la que poco más se sabe, pues se ignora hasta el tiempo que duró aunque, en todo caso, nunca más de dos años, ya que también es irrefutable que el 7 de octubre de 1571 participó en la batalla de Lepanto.

¿Fue durante su estancia en Roma cuando conoció la existencia del Relato y su posterior secuestro, o ya iba informado de España?

Recordemos que en Roma, desde 1555, corrían copias del manuscrito castellano, y que los jesuitas comenzaron a retirarlo sobre 1567, es decir, alrededor de dos años antes de la llegada de Cervantes que, precisamente, trabaja en Roma al servicio de un cardenal relacionado con la Compañía, por lo que probablemente, y dado su rango eclesiástico, se hiciera con alguna de esas copias que habían circulado libremente durante casi doce años.

Existen muchas razones para pensar que a Cervantes le atrajera la lectura de ese libro, cuyo interés general debió acrecentarse tras su censura, pues era la biografía de un español muy famoso en su época, especialmente en Alcalá, donde, al parecer, nació y vivió Cervantes en una casa, según Astrana, muy próxima al hospital de Antezana, precisamente el lugar donde Loyola, algunos años antes, se hospedó al llegar a Alcalá¹². También en Alcalá, la Inquisición persigue y

¹² “Llegado a Alcalá empezó a mendicar y vivir de limosnas. Y después, de allí a 10 ó 12 días que vivía desta manera, un día un clérigo, y otros que estaban con él, viéndole pedir limosna, se empezaron a reír dél, y decirle algunas injurias, como se suele hacer a estos que, siendo sanos, mendican. Y pasando a este tiempo el que tenía cargo del hospital nuevo de Antezana, mostrando pesar de aquello, le llamó, y le llevó para el hospital, en el cual le dió una cámara y todo el necesario.” (R, 56)

“Fuese nuestro Ignacio en Alcalá derecho al hospital, y de allí salía a pedir de puerta en puerta la limosna que había menester para sustentarse.

encarcela la primera vez a Loyola por predicar un cristianismo evangélico alejado de la opulencia que practicaba la Iglesia, de ahí que dejara en la ciudad un recuerdo heroico y un aire de espiritualidad muy afín a los erasmistas y demás corrientes heterodoxas. No es, pues, de extrañar que fuera Alcalá, en los años de la prohibición del Relato, el núcleo de la rebelión contra Roma, ni que Cervantes, a caballo entre Alcalá, Madrid y Roma, estuviera al tanto de lo que ocurría.

En el Quijote se demuestra sobradamente que Cervantes no sólo leyó el Relato y la Vida, sino que prácticamente los conocía de memoria, de ahí que mi intención aquí no sea corroborar ese conocimiento, sino teorizar sobre el momento en que se produce, probablemente durante su primera visita a Roma, o algunos años antes en España, donde también desde 1555 debieron, quizás con mayor profusión, multiplicarse las copias de un libro que había despertado expectación tanto por la figura de su protagonista como por las críticas indirectas contra los dominicos y la Inquisición española.

En resumen, tanto en España como en Roma, Cervantes se encuentra próximo a un círculo de personas cultas, heterodoxas y admiradoras de la obra de Loyola y, por tanto, posibles poseedores de copias de un libro que los jesuitas, en principio, debieron mostrar sin tapujos a sus más íntimos, propiciando la multiplicación incontrolada, especialmente porque su brevedad lo facilitaba. Cuando, diez años después ellos mismos, incluso con fuerte oposición interna, comienzan la labor de recogida, ya era demasiado tarde para hacerse con la totalidad del número indefinido de ejemplares existentes.

También en Roma es lógico pensar que Cervantes se relacionara con españoles, algunos jesuitas y procedentes de

Aconteció que, pidiendo limosna una vez, un cierto sacerdote hizo burla de dél, y otros hombres baldíos y holgazanes, que estaban en corrillos, también le decían baldones y le mofaban. Tuvo mucha pena de ver esto el prioste del hospital de Antezana, que era nuevamente fundado, y llamando a parte al pobre Ignacio, le llevó a su hospital, y dióle en él caritativamente aposento por sí.” (Vida I, XIV)

Alcalá u otras ciudades afines a Cervantes. ¿No es lógico pensar que algunos amigos de Cervantes, antiguos alumnos de la orden, atraídos por la fama de Loyola, ingresaran en la Compañía? ¿no asegura Emiliano M. Aguilera, aunque sin documentar, que Ribadeneyra era amigo de Cervantes¹³?

El caso es que él se encuentra en Roma en aquellos momentos en los que la Compañía está haciendo desaparecer, secretamente, el Relato para sustituirlo por la Vida latina de Ribadeneyra que, rodeada de no menos misterio, se imprime en Nápoles en 1572, año en el que precisamente se sitúa a Cervantes entre esa y otras ciudades de la costa italiana, donde permanece hasta 1575, cuando, viniendo de vuelta a España, es hecho prisionero por los berberiscos y comienza los cinco años de cautiverio en Argel. También allí hace amistad con personas relacionadas con la Compañía: “Entre los amigos de Cervantes en Argel destaca no por azar Antonio Veneziano, más o menos de su edad. Un hombre que había llevado una vida irregular y aventurera [...] Leonardo Sciascia, que ha estudiado a Veneziano, habla también de <<irreverencia>> en materia religiosa, pese a su pasado de seminarista con los jesuitas”¹⁴

¿Por qué la Compañía? Al margen de la posible existencia de razones personales y de convivencia que pudieron estimular la intromisión de Cervantes en los asuntos de la orden, ¿por qué la escoge como leitmotiv de gran parte de su obra? ¿por qué es tan importante el secuestro y sustitución del Relato?

La respuesta está en la Vida. Quien, objetivamente, conociendo a fondo el Relato, lea posteriormente el libro de Ribadeneyra, siente un fuerte rechazo, una inmediata sensación de adulación, falsedad y retórica, transmitida tanto en su contenido como en su expresividad. Aunque lo peor es el resultado general, la enorme desemejanza existente entre la personalidad de Loyola emanada del Relato y la resultante de la

¹³ “Es amigo, en aquel inefable ambiente toledado, de Cervantes y de Lope” *Vida de san Ignacio de Loyola*, p. IX.

¹⁴ *Tras las huellas de Cervantes*. Rosa Rossi, p. 44.

Vida. Unamuno, que no llegó a conocer el Relato, identificó a Loyola con don Quijote, pero no a través del libro de Ribadeneyra, sino a través de la memoria popular y de los escritos del propio Loyola, tan ajenos a esa suntuosidad que, desde la aparición de la Vida, ha rodeado su figura.

¿Qué ocurrió en la Compañía para que se diera aquel giro? ¿Por qué del Relato y la Vida se extraen dos imágenes distintas, e incluso contrapuestas, de una misma persona?

Puede considerarse el Relato como el testamento de un religioso que, en los últimos momentos de su vida, decide transmitir, como legado, el ejemplo de su trayectoria espiritual, aunque sin tener en cuenta las consecuencias que, previsiblemente, podría acarrear. En efecto, a pesar de que la Compañía había sido confirmada por el papa y gozaba de la misma legalidad y derechos que las demás órdenes religiosas, tanto en España como en Portugal seguía estando fuertemente acosada por una Inquisición que se negaba a otorgar a los jesuitas los derechos adquiridos en Roma, de ahí que, en distintas ocasiones, los sucesivos papas se vean obligados a dictar nuevas bulas de confirmación de la Compañía y amenazas de destitución, e incluso de excomunión, a quienes las incumplieran. Es decir, la situación de la Compañía en Roma, donde en poco tiempo se había convertido en un brazo importante del papado, era muy distinta de la de España, donde la Inquisición y los dominicos no habían olvidado quién era su fundador, ni su fama de hereje, ni su enorme reputación entre la gente, ni, probablemente, la enorme expansión e importancia que había logrado su orden en tan poco tiempo. Por todas esas cosas, Loyola seguía mal visto en las esferas del poder, según se comprueba en algunos escritos de la época. No es, pues, de extrañar que, en los últimos años de su vida, siguiera negándose a que los miembros de la Compañía aceptaran cargos inquisitoriales, según consta en una de las notas recogidas por Gonçalves en su *Memorial*. Sin embargo, en el mismo Memorial, que es una especie de sumario de las actuaciones de Loyola durante el tiempo que permaneció Gonçalves en Roma,

también se recoge que, después de esa negativa, Loyola acabó por inclinarse a que los jesuitas aceptaran cargos inquisitoriales en Portugal, un giro tendente a poner fin al acoso que la Inquisición española ejercía contra la Compañía en Castilla.

Dichas anotaciones de Gonçalves pertenecen al verano de 1555, un año antes de la muerte de Loyola, y están hechas en los mismos momentos en que se escribe el Relato. Gonçalves explica muy claramente la negativa de Loyola a aceptar cargos, y su cambio de idea. O sea, primero se niega y después acepta, dando muestras de una clara estrategia diplomática que debía sentar muy mal a los omnipotentes inquisidores, tal como lo demuestran esos ataques desoyendo incluso las órdenes del papa.

En el verano de 1556 murió Loyola, y el Relato, prácticamente recién finalizado, se expande por los distintos colegios con la aureola de las últimas palabras dictadas por un futuro santo. No había acusaciones contra la Inquisición ni los dominicos, ni opiniones personales, ni quejas, pero el certero e inapelable narrar de los hechos ponía al descubierto la bárbara injusticia de un sistema que, amparándose en Dios, contravenía no sólo las normas esenciales del cristianismo, sino hasta los principios elementales del derecho natural y de la vida.

Loyola dejaba a la Compañía una auténtica bomba de relojería, un testamento que, lejos de aplacar la ira de la Inquisición española, ahondaba de nuevo en la vieja herida. Era como una vuelta a los orígenes, un nuevo rechazo al anquilosamiento en que seguía sumida la misma Iglesia española que le había perseguido treinta años antes.

En fin, Loyola volvía con el Relato a sorprender y entusiasmar a los muchos españoles que la Inquisición mantenía amordazados, de forma que los viejos y nuevos erasmistas volvieron a ver en él, y en su Compañía, una posible tabla de salvación, una esperanza para la supervivencia del pensamiento humanista. El Relato resucitaba una vieja lucha, y creaba en sus lectores y seguidores la esperanza de una oposición organizada por una fuerte institución especialmente

apoyada por el papa y asentada en todo el mundo, un importante baluarte contra la ortodoxia y el totalitarismo reinante.

Cuando diez años después de su muerte comienza a retirarse el Relato, y cuando poco después se sustituye por la Vida, todos comprenden por fin el giro ético e ideológico dado por la Compañía, y el negro horizonte que se vislumbraba para el humanismo. ¿Qué hubiera ocurrido, por ejemplo, si los jesuitas, hubieran seguido defendiendo el ideario con el que nacieron? ¿habría servido la Compañía de contrapeso a las desequilibradas fuerzas de la contrarreforma y, probablemente, suavizado su inaguantable presión? Imaginemos, por ejemplo, las consecuencias de la sustitución del Relato por la Vida, la diferencia entre utilizar como guía de los novicios un libro donde se ensalza la búsqueda de la espiritualidad a través de la justicia y la verdad evangélica, o ser conducidos por un panfleto oportunista e interesado donde se transmite la idea de un super hombre con poderes milagrosos y escogido especialmente por Dios desde su nacimiento.

¿Hubiera acabado la Inquisición con la Compañía de no haberse plegado a sus esquemas? Lo cierto es que el legado de Loyola se quebró tras el secuestro del Relato. A partir de ahí, la orden dejó de guiarse por un defensor de la verdad y pasó a engrosar la lista del bando ortodoxo contra el que Loyola se había levantado.

¿Se comprende ahora la frustración e indignación de aquellos intelectuales ante la aparición del libro de Ribadeneyra? La Vida fue la prueba de que la regresión se consumaba, de que la Iglesia católica sellaba el único resquicio abierto al cristianismo erasmista, adentrándose de lleno por la senda de la ignorancia y el miedo. A cambio de su renuncia, la Compañía recibía como premio la beatificación y canonización de Loyola y algunos de sus compañeros.

Cervantes, con su obra, parece ser uno de los pocos supervivientes de ese bando frustrado¹⁵ que, con ingenio y habilidad, hizo frente a la manipulación pues, en contra de todo lo imaginado, la novela moderna surge como una necesidad, como un arma para defender la verdad y, a su vez, como una burla de la inteligencia a los valores establecidos. El Quijote nació como un libro para leer, sotto voce, entre amigos, una exquisita diversión para mentes refinadas y comprometidas.

Su fama, su inmediata popularidad, tal vez se debió a esa sospecha que convertía al personaje en un símbolo de la lucha contra la opresión. Algo se barruntaba sobre su contenido secreto, sobre la ambigüedad del lenguaje cervantino, aunque muy pocos pudieron llegar a conocer el alcance de una hazaña que se fue diluyendo con el tiempo, pues el poder eclesiástico se encargó sutilmente de borrar cualquier huella que propiciara la identificación entre Loyola y don Quijote.

Sabemos seguro que el Relato siguió secuestrado, y que la Vida dejó de reeditarse el mismo año en que apareció el Quijote, cuya fama fue decreciendo en la misma proporción en que creció el poder eclesiástico, tal vez promotor del silencio que poco a poco cayó sobre la obra de Cervantes, cuya difusión se vio incomprensiblemente “frenada a partir del último cuarto del siglo, como lo demuestra el hecho de que entre 1674 y 1704 no apareció ninguna nueva edición de la novela”¹⁶, detalle que

¹⁵ “El caballero Don Quijote es un visionario de un mundo inalcanzable del que nos habla desde el desierto de su corazón; es un eremita, un viejo soldado que contempla cómo los proyectos utópicos que florecieron medio siglo antes no pueden cobrar vida en suelo español. Dicho en términos orteguianos: Cervantes está en contra de un “sistema de preferencias” que aparecen en su época y que olvida los grandes ideales y valores que él vivió en su juventud; un nuevo “estado de cosas” que corre parejo a ese nuevo Estado moderno donde el humanismo idealista de Cervantes no encontró cauces para expresarse vitalmente como él ansiaba. Quizás esto explique en gran parte la riqueza y originalidad del Quijote” Piñero Valverde, *Utopía y temporalidad en el Quijote*, Alfa.

¹⁶ *Lecturas del Quijote*, Rivas Hernández, p. 11.

probablemente se deba, no al cambio de los gustos del público, sino al trabajo de zapa de los jesuitas y sus socios. Incluso en el siglo XVIII se intentó frenar el renacimiento del cervantismo que supuso la biografía de Mayans.

No obstante, el gran obstáculo para identificar a don Quijote con Loyola, la llave de la que han carecido todos los estudiosos que han profundizado en esa relación, ha sido el secuestro del Relato, desconocido hasta la segunda mitad del siglo XX. Todos los autores, desde Bowle a Unamuno, basaron sus conjeturas en información procedente de los primeros capítulos de la Vida de Ribadeneyra. La mayoría coincide, prácticamente, en sus conclusiones, pero ninguno llegó a establecer algo más que uno cuantos paralelismos entre determinados rasgos de la personalidad de Ignacio de Loyola y don Quijote, y ciertas semejanzas entre algunos de los sucesos ocurridos a Loyola en sus primeros años de conversión y algunas de las aventuras de don Quijote en los inicios de 1605. En general, detalles significativos, aunque ninguna conclusión convincente ni definitiva. Tal vez porque todos ignoraron la existencia del Relato, llave maestra que abre las puertas a la interpretación críptica, a la lectura profunda que atraviesa el Quijote de lado a lado.

4. DON QUIJOTE PEREGRINO.

En los ocho primeros capítulos del Quijote Cervantes realiza una exhaustiva imitación del Relato primitivo, es decir, aquella primera copia dejada por Gonçalves en Roma, escrita sólo en castellano y compuesta de ocho capítulos incompletos. Ese es el germen del Quijote, la base sobre la que Cervantes inicia el trabajo de imitación de la estructura formal y el contenido del Relato.

La división de la Primera parte de 1605 en ocho capítulos tiene, pues, como primer objetivo copiar esa estructura de ocho capítulos del Relato primitivo, hasta tal punto que Cervantes, para no dejar lugar a dudas, hace que su octavo capítulo quede inconcluso en el momento en el que don Quijote entra en batalla con el vizcaíno, de la misma manera que en las copias de Roma el capítulo octavo termina precipitadamente en el momento en que Loyola está amenazado de recibir una paliza ejemplar.

A ese paralelismo estructural le corresponde otro, igualmente exhaustivo, de contenido y desarrollo, una parodia correlativa donde, salvo algunas excepciones de ajuste, cada capítulo es una recreación en el contenido de su correspondiente del Relato. Es decir, los ocho primeros capítulos del Quijote son casi un calco, un reflejo ondulante de los ocho primeros capítulos del Relato.

Junto a esa sujeción estructural y temática, Cervantes también recurre, desde el principio, a la Vida de Ribadeneyra como fuente permanente del contenido paródico. Ambos libros, el primero como verdadera historia y modelo de los auténticos historiadores, y el segundo como prototipo de la vana y falsa literatura, serán las fuentes esenciales de estos ocho capítulos primeros, donde la Vida es siempre motivo de burla e inspiración de los aspectos más disparatados de la figura de don Quijote.

Las claves esenciales de la Primera parte de 1605 son, pues, la imitación de la estructura formal del Relato primitivo,

la imitación del contenido de cada capítulo, y el ropaje paródico de la Vida que envuelve y disfraza de caballería dichos ejes esenciales. Además, como contraseña central del conjunto y como máximo referente de acceso al lenguaje cifrado, aparecen diversas acepciones del vocablo “peregrino”, en consonancia con el valor que dicha palabra ocupa en esos capítulos del Relato, centrados en el nacimiento y evolución de Loyola, siempre nombrado en el libro como “el peregrino”

A esas claves señaladas debe añadirse otra más genérica y definitiva, y es que tanto en los ocho primeros capítulos del Relato como en los del Quijote se producen dos de las tres salidas realizadas por sus protagonistas desde sus casas respectivas.

En conjunto, tanto el Relato como la Vida están desmenuzados en estos primeros capítulos, cuyo eje camino-peregrinación se adorna de un trabajo de acarreo en todas direcciones, una labor minuciosa donde Cervantes demuestra sus conocimientos como investigador y su fascinante capacidad de síntesis y parodia. En realidad, cuando anuncia que su propósito es poner en aborrecimiento la lectura de libros de caballerías, en esos momentos en declive, está subrepticamente refiriéndose a su deseo de desenmascarar las falsedades de los libros religiosos, precisamente en auge, y entre los que el libro de Ribadeneyra creaba un precedente exagerado de engaño y manipulación histórica. Algo que, como señala Wardropper, era ya casi una costumbre generalizada entre los religiosos: la “preocupación de Cervantes con los problemas de la verdad histórica y su reconocimiento fue estimulada, a mi parecer, por la crisis que estaba pasando el arte del historiador. Si los cronistas medievales habían combinado inocentemente –quizá sin querer- la ficción con la narración de los hechos, a partir del siglo XV los historiadores se habían atareado en una falsificación intencional de la historia”¹⁷. Por eso no debe extrañar que en el primer párrafo del Quijote se haga una exaltación de la verdad, ni que ésta se convierta en uno de los

¹⁷ *DON QUIJOTE: ¿FICCIÓN O HISTORIA?*, Edición Haley, p. 246.

temas obsesivos de la obra junto con la libertad y la tolerancia, los tres ejes temáticos de estos capítulos, donde el Relato y la Vida van apareciendo como modelos positivos o negativos de un arte con fines humanistas o reaccionarios.

En general, la intensa relación existente entre los ocho primeros capítulos del Quijote y sus fuentes es la clave para acceder a la lectura profunda de la totalidad, ya que estos capítulos contienen las bases del nacimiento paródico de los personajes fundamentales y pistas metodológicas imprescindibles para penetrar en el resto de la obra. Eso explica que, al ser el Relato su fuente principal y al estar secuestrado casi hasta mediados del siglo XX, haya sido prácticamente imposible esclarecer su profunda relación con la obra, a cuyo oscurantismo y doble lenguaje deberá adaptarse quien quiera iniciarse en la lectura de sus raíces profundas, pues Cervantes crea en esta Primera parte una especie de alfabeto críptico al que se accede por acumulación y relación de la totalidad de sus ocho capítulos con los ocho del Relato, de ahí que mientras mejor se conozcan ambos textos más se apreciarán sus imbricaciones y la ingeniosa y singularísima tarea realizada por su autor, definitivamente un humanista librepensador y heroico, un genio del que todavía queda por desentrañar una parte esencial de su pensamiento y de su arte.

El contenido paródico de cada uno de los capítulos puede resumirse así:

CAPÍTULO UNO. La idea del hidalgo ocioso a quien las excesivas lecturas le influyen hasta el punto de abandonar su casa y hacienda e irse por el mundo con el firme propósito de imitar a sus héroes y restablecer la antigua orden de la caballería, está implícita en el capítulo primero del Relato, donde se narra el giro radical que se produce en la vida de Loyola cuando, tras ser gravemente herido en las piernas, debe permanecer en cama una larga temporada. Para entretenerse pide libros de caballerías, a los que era muy aficionado, pero al no encontrarlos, le ofrecen dos libros sobre la vida de Cristo y los santos. Dicha lectura le afecta hasta tal punto que, en apenas

dos meses y tras una milagrosa visitación de la Virgen con su hijo, decide hacerse peregrino e imitar a los santos más famosos en sus más dificultosas acciones.

De forma muy resumida esa es la esencia del primer capítulo del Relato, del que Cervantes toma ante todo la idea general del hombre ocioso y soñador al que los libros cambian su vida, y al que también, en ciertos aspectos, se le toma por loco, pues la familia de Loyola difícilmente pudo asimilar un giro tan radical y en tan breve espacio de tiempo. De hecho, el hermano mayor, que ocupa el lugar del padre, muestra una clara oposición e intenta convencerlo rogándole “no se eche a perder” Lo mismo debieron pensar los restantes miembros de la casa solariega de Loyola, sorprendidos ante el inesperado cambio del valeroso militar que, tras renunciar a su herencia, inicia una larga peregrinación hasta Jerusalén. Él mismo cuenta en el Relato cómo en más de una ocasión le toman por loco.

CAPÍTULO DOS. Loyola abandona su domicilio por la mañana y sin haber comunicado a nadie su intención de hacerse peregrino y viajar hasta Jerusalén. Su primer destino es el monasterio de Montserrat, donde llega con la idea de velar sus armas ante el altar de la Virgen durante toda la noche y cambiar su vestido civil por el de peregrino. Don Quijote, vestido a la usanza de los caballeros andantes, abandona su hogar muy de mañana y con el mismo secretismo que Loyola. Su idea es viajar por todo el mundo y su primera parada una venta, que él imagina castillo, y en la que espera velar toda la noche sus armas para, después, ser armado caballero.

CAPÍTULO TRES. La vela de armas de don Quijote en el patio de la venta parodia la vela de armas de Loyola en la capilla del monasterio de Montserrat. Uno ante el altar de la Virgen, el otro ante el pilar del patio. En ambos casos la ceremonia transcurre durante la noche. Las molestias que le causan los arrieros parodian las tentaciones que sufre Loyola en Manresa, donde el diablo, en varias ocasiones, le desasosiega su recogimiento. Finalizada la ceremonia de la vela, Loyola abandona Montserrat y don Quijote la venta.

CAPÍTULO CUATRO. Amanece cuando Loyola se aleja del monasterio. Apenas ha caminado una legua cuando le alcanza un hombre que quiere saber si él había dado sus vestidos de caballero a un pobre. Se le saltan las lágrimas porque comprenden que su gesto generoso ha provocado injurias y humillaciones al mendigo detenido por robo.

Amanece cuando don Quijote sale de la venta y, apenas ha caminado un poco, escucha los lamentos de un joven que está siendo apaleado por su amo que le acusa de perderle el ganado. Don Quijote libera al muchacho y le hace prometer al amo que le pagará los salarios que le debe. Cuando se aleja ufano por su buena obra, el labrador incrementa su castigo sobre el muchacho. Don Quijote conocerá más adelante (QI, 31) que su buena obra tuvo consecuencias nefastas para el pastor.

Después de este episodio, don Quijote se topa con unos mercaderes a quienes exige confesar la hermosura de Dulcinea sin verla, parodia del episodio del Relato en el que Loyola se encoleriza con un moro, y está a punto de asestarle una cuchillada, porque pone en duda la virginidad de María después de haber sido madre.

CAPÍTULO CINCO. El estado de quebrantamiento en el que queda don Quijote tras la paliza propinada por los mercaderes, parodia la situación de incapacidad de Loyola tras ser herido en Pamplona por los franceses, que no sólo le curan lo mejor posible sino que le tratan amigablemente y le envían a su casa. Don Quijote, una vez reconocido por su vecino, es también tratado cortés y amigablemente, pues le auxilia, le ayuda a levantarse y le conduce hasta su casa.

CAPÍTULO SEIS. La llegada de Loyola a Alcalá, su aspecto de peregrino, su fama de erasmista y sus predicaciones en el pueblo, provocan la intervención de la Inquisición, su encarcelamiento y una sentencia que le obliga a vestir como estudiante y a no predicar hasta que obtenga un título para ello. Los mismos acontecimientos y resultados se repiten poco después en Salamanca. Cervantes parodia esas injustas

persecuciones y sentencias con una jocosa farsa crematística donde un grupo de ignorantes, conducidos por un cura, arroja libros al fuego sin prácticamente conocer su contenido. Los libros de caballerías aparecen como representantes de los libros prohibidos y sus autores.

CAPÍTULO SIETE. La prisión de Loyola en Alcalá y Salamanca es la base paródica de la estancia de don Quijote en su casa, al igual que la sentencia que obligaba a Loyola a no predicar (“le tapaban la puerta para aprovechar a las ánimas”) inspira el tapiado de la biblioteca de don Quijote, que una vez recuperado busca un escudero, en consonancia con los primeros compañeros que comienzan a seguir a Loyola.

CAPÍTULO OCHO. Los molinos de vientos transformados en gigantes de enormes brazos son la respuesta paródica de Cervantes al inmenso poder de la Inquisición, capaz de perseguir a Loyola desde Alcalá y Salamanca hasta París, donde fue acusado de proselitismo, y amenazado de recibir una paliza ejemplar. En ese punto, sin dar respuesta al desenlace de esa amenaza, finaliza la parte castellana del Relato, de igual forma que el enfrentamiento entre don Quijote y el vizcaíno finaliza sin respuesta porque, según el narrador, carece de la fuente de información en que se basa.

En general, esta Primera parte de 1605 concluye con la parodia de los hechos más significativos de la vida ascética de Loyola, abriendo en los dos últimos capítulos el camino para la creación y organización de la Compañía, que será materia para la Segunda parte.

5. DON QUIJOTE EN COMPAÑÍA.

La diferencia esencial entre la Primera y la Segunda parte de 1605 es la importancia que en la última toma la Vida en detrimento del Relato. No es que desaparezcan absolutamente los referentes a la obra de Gonçalves, sino que el Relato deja de ser el núcleo central de la parodia porque en él no se ofrecen noticias sobre la fundación y desarrollo de la Compañía, base paródica de los seis capítulos siguientes, según corresponde al orden cronológico de la vida de Loyola que es, a fin de cuentas, el eje central de todo el Quijote.

Si la Primera parte es un maravilloso y complejo ejercicio a través del que se transmite o insufla a don Quijote la vida del Loyola peregrino y su personalidad, la Segunda es una recreación en la fundación y primeros avatares de la Compañía como institución, con especial atención a los primeros momentos del colectivo y a las muertes de los primeros fundadores. Es decir, la aparición de Cide Hamete está provocada por el agotamiento real de las fuentes anteriores, pues a partir del capítulo VIII del Relato finalizan prácticamente las acciones individuales de Loyola ya que, desde el momento en que encuentra a sus seguidores y forma el grupo, casi nunca actúa solo, por eso el Relato resume en pocas páginas el resto de los acontecimientos que, además, ya habían sido ampliamente recogidos por los otros compañeros.

Cervantes está, pues, siguiendo hasta aquí un esquema diacrónico de la historia de Loyola y la Compañía y, tras la batalla del vizcaíno, en paralelo con la fundación de la orden, hace desaparecer el personalismo de don Quijote y da paso al colectivo representado por el grupo de pastores protagonistas de esta Segunda parte, caracterizada por el exhaustivo aprovechamiento de algunos capítulos de la Vida, de donde Cervantes extrae no sólo su contenido esencial, sino una enorme cantidad de frases y expresiones insertadas en su obra con absoluta naturalidad, y cuyo objetivo es ayudar a localizar las correspondencias generales que facilitan el acercamiento a los detalles. Ese trasvase de palabras, esa fórmula sistemática

de trabajo, es, además, una invitación permanente a la reflexión sobre la realidad histórica y la ficción, ambas juntas en el texto y, en muchas ocasiones, intercambiando sus funciones en fantásticos juegos literarios.

Los protagonistas de estos capítulos, a excepción del 9 y 10 que son de transición, no son pues don Quijote y Sancho, sino los pastores, igual que en la Vida no es Loyola, sino todos los compañeros. Dicho protagonismo colectivo se manifiesta en la constante presencia del círculo (reuniones a la redonda) como símbolo de vida religiosa y comunal.

Las fuentes externas de inspiración paródica dejan de ser los libros de caballerías y dan paso a la novela pastoril, otro género también en boga y perfectamente adaptable a la ascética vida en el campo practicada por los fundadores de la Compañía. El mismo Ribadeneyra, siguiendo la tradición católica, repite en muchas ocasiones la metáfora del religioso pastor y su rebaño.

Como clave general de toda esta Segunda parte está el vocablo “compañía”, convertido, como en la Primera “peregrino”, en el referente central de estos capítulos dedicados a la parodia de la fundación y constitución de la nueva orden.

CAPÍTULO NUEVE. La imagen congelada de don Quijote y el vizcaíno con las espadas altas y desnudas vuelve a recordar el sentido simbólico de la narración, es decir, el momento de la amenaza de paliza con varas que pesa sobre Loyola, hecho histórico en torno al que gira la parodia.

CAPÍTULO DIEZ. Aunque se inicia con el revelador y burlesco epígrafe trastocado, parodia de las manipulaciones de Ribadeneyra, el resto del capítulo es de transición. Se trata de una especie de mosaico a base de fragmentos y alusiones a la historia de la Compañía, pero tomando como fuente esencial la Vida, pues el Relato no ofrece prácticamente información de los movimientos realizados por Loyola y sus compañeros al alejarse de París en busca de un lugar donde reunirse y organizarse, que es más o menos el sentido de este capítulo itinerante.

CAPÍTULO ONCE. Ingeniosa recreación en los capítulos de la Vida que narran los actos realizados por Loyola y sus compañeros para la fundación de la Compañía. Además de un considerable número de referentes expresivos, la clave más reveladora es el sutil juego numérico con el que Cervantes imita a Ribadeneyra. Resulta igualmente significativa la primera mención en la obra del vocablo “compañía”, clave general para todo el Quijote y referente inequívoco de estos capítulos centrados en la parodia de la fundación de la Orden. Y al igual que Loyola tenía por costumbre guardar silencio durante la comida y hablar de las cosas de Dios una vez finalizada, don Quijote, tras su frugal cena con los cabreros, imita a Loyola pronunciando el discurso de la edad dorada.

CAPÍTULO DOCE. La muerte de Crisóstomo es un trasunto del fallecimiento del jesuita Pedro Fabro, según información de la Vida. Marcela es, igualmente, un símbolo de la Compañía, representada como una mujer joven, cuyas virtudes y belleza atraen irresistiblemente a esos jóvenes e idealistas pastores que la persiguen por los campos.

CAPÍTULO TRECE. El encuentro entre don Quijote y Vivaldo es una larga recreación paródica paralela a los encuentros mantenidos entre Loyola y el Nuncio Apostólico Jerónimo Veralo. También se revela en este capítulo el origen del nombre de Dulcinea.

CAPÍTULO CATORCE. El juego paródico de esta Segunda parte de 1605 alcanza su máxima complejidad en este capítulo, donde la idea del Quijote como mosaico a base de detalles procedentes de la Vida, se plasma de forma patente en la Canción de Grisóstomo y en el discurso de Marcela, cuya aparición es una recreación en el momento en que la Compañía toma nombre y se deja ver por todos como una organización de origen divino.

De esta forma, la Segunda parte de 1605 concluye con la parodia de la Compañía fundada, organizada y confirmada.

A estos paralelismos genéricos capítulo a capítulo, deben añadirse la infinidad de referentes formales, del Relato

o la Vida, que Cervantes va incrustando en la novela para guiarnos en la búsqueda, para confirmarnos en la dependencia y, a su vez, garantizar el aspecto crítico de la parodia.

6. SUMARIO.

Mis primeras investigaciones aparecieron en 1995 recogidas en un libro, *¡Mi padre!*, lleno de sugerencias, entonces creía que hallazgos como este apenas necesitan explicación, e imaginaba que el interés por la obra cervantina supliría con creces las muchas lagunas de mi inexperiencia. Se publicó en una modesta editorial que hizo cuanto pudo enviando ejemplares a personas e instituciones del cervantismo, pero no hubo respuestas.

Dos años más tarde, y siguiendo la investigación abierta, volví a publicar un segundo libro, *DON QUIJOTE Y COMPAÑÍA*, en el que recogía, además del contenido del primero, cantidad de nuevos descubrimientos. La profundización en el análisis comparado de los primeros capítulos me había revelado una interconexión entre el Quijote y sus fuentes mucho mayor de lo esperado, y fui encontrando en ellas respuestas a los aspectos generales de la obra (el camino como eje central de la parodia, el motivo de las tres salidas, el proceso de imitación paralela capítulo a capítulo) y a otros más concretos, como la comentadísima interrupción de la batalla entre don Quijote y el vizcaíno en el capítulo ocho, o el famoso error cronológico de la llegada a Barcelona, o la fascinante estrategia que desvela la fecha exacta de la muerte de don Quijote, etc. Todo derivado de una misma teoría razonada y ampliamente documentada que explica de una sola vez más que todas las hipótesis establecidas hasta ahora. Tampoco se dijo nada.

En el 2002 apareció *El triunfo de don Quijote*, libro donde refundo y amplío los anteriores, y añado un estudio detallado de los capítulos 10 al 14 de la Primera parte, aclarando enigmas como los distintos autores de la obra, el origen de los manuscritos hallados en el Alcaná de Toledo, la esencia del bálsamo de Fierabrás, los comentados juegos numéricos de los capítulos 11 y 12, o la naturaleza institucional de la pastora Marcela. En realidad, ni uno solo de los considerados errores u olvidos carece de justificación y todos

hallan su razón de ser en estas mismas fuentes, que igual explican la extraña discordancia existente entre el epígrafe del capítulo décimo y su contenido, que el famoso discurso de Marcela o el acaramelado nombre de Dulcinea. Todo sutilmente transmitido a través de un lenguaje cifrado que convierte al Quijote en una osadía, en un desafío consistente en enviar a través del tiempo un mensaje que no debía ser interceptado por la Inquisición.

Lógicamente, esta metalectura de la obra de Cervantes exige un convencimiento, casi una confabulación con la lectura profunda, a la que sólo se llega a través del análisis exhaustivo de la novela y los textos que la complementan. Textos que, en determinados aspectos, tal vez sean insuficientes, puesto que los jesuitas, al tanto desde el principio de estos hechos, han procurado siempre¹⁸ que no llegara a conocerse ni la historia del secuestro del Relato ni su relación con el Quijote.

Esperemos que la Compañía asuma pronto su historia y nos deslumbre con nuevos datos y documentos de una trama que, sólo con el tiempo, se irá desvelando en su totalidad.

¹⁸ Se sabe, por ejemplo, que en el siglo XVIII desaparecieron, injustificadamente, algunos escritos de Gonçalves, o que en Roma existen abundantes textos considerados materia reservada.